

FUNCIÓN SOCIAL Y EXISTENCIAL DE LA ETAPA ARAGONESA DE MARTÍ (1873-1874)

Por Ángel Esteban del Campo

El tiempo que Martí pasó en la capital aragonesa siempre se ha considerado como una más de las etapas formativas de Martí. Fue, en efecto, una época de juventud en la que el desterrado cubano se formó en muchos campos —los estudios universitarios, la influencia del krausismo, los modelos oratorios, la historia y la evolución política de España, el contacto con sus gentes, la primera relación amorosa madura, etc.—; ahora bien, debemos destacar por encima de todo la solidez de unas convicciones, nada corriente en una persona que tan sólo cuenta con veinte años de vida, manifestada en la unidad del pensamiento. Toda su producción aragonesa, y las posteriores referencias a esa etapa, en cualquier género literario, podrían resumirse en la identificación existencial con *el otro*, es decir, la alteridad realizativa, y el crecimiento existencial propio (o alteridad desde uno mismo), apoyadas en la cuestión cubana de la libertad y la independencia. Para explicarlo mejor voy a hacer hincapié en la teoría romántica de la autorrealización del artista y la aplicaré posteriormente a los textos de la época y las demás referencias martianas al periplo aragonés.

Unidad y diversidad son términos no sólo equívocos sino incluso intercambiables. Lo uno en un sentido puede significar lo diverso en otro y vice-versa. Las caras de la interioridad humana, más que contradictorias son paradójicas y lo único que necesitan es una interpretación clara y adecuada; los textos que nos las proponen reclaman antes un arriño a la hermenéutica que a la propia cuestión lingüística.

Goethe, para considerar el progreso que el hombre obtiene con respecto a sí mismo desde una situación anterior, guiado por una ley aceptada de antemano, afirma en un conocido verso: “así debes ser, tú no puedes huir de ti”.¹ Lejos de contraponerse, esta sentencia es la base del planteamiento antropológico de Wittgenstein, sintetizado en la máxima “ser otro para ser uno”, que tomaremos como principio operativo, en su doble vertiente, para analizar la idea de *alteridad realizativa*.

Cuando Wittgenstein propone que hay que “ser otro para ser uno”, deduce que sin tratar de ser otra persona de la que eres, porque no te es dado, has de llegar a ser otro hombre, o al menos intentarlo. La palabra que destruye la paradoja es *perfectibilidad*. El hombre es un cúmulo de potencialidades que, cuando se reconducen al acto, perfeccionan su misma naturaleza. La esencia del ser humano se acerca más a lo que puede ser que a lo

¹ GOETHE, W, “*Daimon*” (destino), *Werke*, I Bd. Iner-Verlag, 1954, p. 150. Algunas de las ideas de la introducción teórica han sido recogidas de un trabajo de Rafael Jiménez Cataño, profesor de filosofía en Roma, sobre Octavio Paz, publicado en Pamplona, EUNSA, 1992, y cuyo título es *Octavio Paz: Poética del hombre*.

que es: se trata de un ir más allá de uno mismo desde uno mismo. El tema, planteado a niveles cósmicos a partir de las posturas encontradas de Parménides y Heráclito, ha tenido un rendimiento singular en la filosofía y en la literatura de Occidente. Martí, por sus circunstancias personales y su alto grado de conocimiento de la cultura occidental, no podía ser ajeno al problema.

Ser uno tratando de ser otro enseguida nos remite a los dominios de la autenticidad. La necesidad de cambiar tiene como meta ser auténticamente uno mismo, es decir, realizarse no sólo como hombre, en estado genérico, sino como el hombre que yo soy. Para explicar el tránsito hemos de introducir otro concepto: el de tendencia. X como ser dado llegará a ser X como ser pleno en la medida en que tienda más a ser él. Y en la tendencia caben grados, los cuales se miden en términos de esfuerzo por la propia superación, en todos los aspectos que condicionan el crecimiento de la persona. La naturaleza exige crecimiento no sólo físico; por tanto, todo lo añadido no le es extraño ni superfluo sino que, al incorporarse a ella, hace al hombre más idóneo y conformado con su ser pleno, sin excederla. En eso consiste el autohacerse, en que el ser dado tienda al ser pleno hasta asemejarse a él lo más posible.

Pero llegados a este punto surge una pregunta: ¿Qué contenido o alcance de esencia tiene el ser pleno? o bien ¿qué dirección ha de tomar la tendencia? Se trata del fenómeno vocacional, con el que el hombre deseoso de autohacerse ha de enfrentarse sin dilación. En Martí encontramos pasajes altamente sugestivos, referentes a su propia vida, como la pronta toma de postura por un ideal revolucionario que le depara en el destierro, el sacrificio de la tranquilidad familiar para vivir lejos de su patria con el fin de reconquistarla, el holocausto final de su propia existencia, etc. Pero, a nivel teórico, como heredero de una tradición romántica antes señalada en Goethe e impulsor de la modernidad finisecular, más que declarar su vocación particular, mantiene una constante preocupación por el autoesclarecimiento. Es fácil saber qué o quién se ha sido, pero no tanto quién vamos siendo. De ahí su sentencia: "Ni un instante de transición conmigo mismo. Puesto en mí, entro en mí. Yo quiero saber quién soy."² Se entiende transición no como concreción de la tendencia hacia el ser pleno sino como instante de duda en la consciencia de su situación existencial. Así, la no-transición es la puesta en mí, la entrada en mí, la autointrospección para localizarme en un estadio de mi propia tendencia. A través de ella conseguiré saber cómo voy siendo otro para ser yo mismo. Es de imaginar que este estado sincrónico fue experimentado por Martí en muchos momentos a lo largo de su vida, a pesar de que la formulación sintética aparezca escrita sólo en un contexto. Para evolucionar hay que preguntarse con frecuencia sobre la propia situación, y para ser revolucionario hay que revolucionarse antes a sí mismo, como afirmó Wittgenstein, glosando su misma sentencia.³ Hasta aquí uno de los sentidos de la otredad realizativa.

El segundo aspecto retoma el valor de *otro* en su aceptación más generalizada: no otro yo sino otra persona. El hombre, de igual modo que debe autohacerse en la lucha por la superación, ha de aspirar a realizarse en otra persona. Existe en todo ser humano una alteridad interna. Ser otro para ser uno significa, a la luz de este nuevo planteamiento, realizarse identificándose con otra persona; es decir, sentir amor hacia alguien y ser y actuar con respecto a los dictados de ese amor identificatorio. Todos los poetas de todos los

² MARTÍ, José, *Obras completas*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1975, t. XXI, p. 68.

³ En *Vermischte Bemerkungen*, Frankfurt am Main, 1977, p. 89.

tiempos han escrito, más o menos conscientemente, acerca de esta realidad, y han tratado de definir literariamente la identificación, su resultado (felicidad o plenitud), el medio para experimentarla o conseguirla (unión física o espiritual), etc. El amor no es una más de las actitudes que el ser humano puede desarrollar. Es un elemento constitutivo de su propia humanidad, al que se llega tanto por necesidad como por la radical conciencia de la soledad. El hombre es el único ser que puede sentir soledad y sentirse a sí mismo como ausencia de otro y, por tanto, buscar la proximidad de otro ser. Pero la búsqueda no se despliega exclusivamente como consuelo; es parte constitutiva de la naturaleza humana: dentro del concepto de humanidad está contenida la nota de la alteridad interna, de la comunión interpersonal. Rebajar, por tanto, la búsqueda al consuelo sería desvincularla de su interés más esencial: la realización en el otro.

Conviene ahora centrarse en la obra martiana para ir aplicando, en este caso, la vía de la realización en el otro, que es la que nos interesa por su carácter social. En lo referente a la alteridad, el término *ad quem* varía mucho según el momento, y son bastante más intensos los poemas identificatorios dedicados a su hijo que la mayoría de aquellos dedicados a distintas mujeres. El amor a la patria parece también, a menudo, más intenso que el tributado a las personas singulares, lo mismo que el quehacer poético. Por otro lado, la amistad como objeto propio de la necesaria alteridad desbanca en ciertos momentos al amor. Recuérdese, por ejemplo, la estrofa 11 del primer poema de *Versos sencillos*:

Si dicen que del joyero
Tome la joya mejor,
Tomo a un amigo sincero
Y pongo a un lado el amor.⁴

En los años de destierro español se pone de manifiesto la unidad de pensamiento bajo el signo de la identificación autorrealizativa, sobre todo en la conjunción de la ética y la estética, la cuestión político-social y el mundo de los sentimientos. Este rasgo, probablemente canalizador del ulterior modernismo, ya está presente, en germen, en sus primeros pasos literarios y políticos, y es quizá el que ha servido a la crítica más autorizada para definir un concepto tan complejo como la modernidad e indagar en sus comienzos.⁵ El famoso poema sobre Aragón resume todas esas preocupaciones, pero no las amalgama como quien describe sensaciones diversas, sino que las integra alrededor de un adjetivo:

Para Aragón, en España,
Tengo yo en mi corazón
Un lugar todo Aragón,
Franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
Por qué lo tengo, le digo
Que allí tuve un buen amigo,
Que allí quise a una mujer.

⁴ En *Poesía completa*, La Habana, Ed. Letras Cubanas, 1985, t. I, p. 236. Todas las citas de la poesía martiana tendrán como referencia la edición citada, indicando en el texto el número de página entre paréntesis.

⁵ Véanse, por ejemplo, las obras de Ivan A. Schulman y Manuel Pedro González, ya clásicas, sobre Martí y la modernidad o el modernismo.

Allá, en la vega florida,
 La de la heroica defensa,
 Por mantener lo que piensa
 Juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
 O lo enoja un rey cazurro,
 Calza la manta el baturro
 Y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
 Que baña el Ebro lodoso:
 Quiero el Pilar azuloso
 De Lanuza y de Padilla.

Amo los patios sombríos
 Con escaleras bordadas;
 Amo las naves calladas
 Y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
 Musulmana o española,
 Donde rompió su corola
 La poca flor de mi vida. (243)

Nos preguntamos por qué en la primera estrofa aparece dos veces la palabra *Aragón*: puede parecer una redundancia innecesaria, teniendo además en cuenta la resonancia acústica de la palabra. Martí la ha repetido conscientemente, porque en el primer verso significa presentación de un lugar geográfico, y en el tercero se ha cargado de connotaciones, marcas de identificación personal con un todo ideológico, que abarca lo existencial, el carácter, la actitud social y los sentimientos, en diversos grados. *Aragón*, en el tercer verso, se ha convertido en un adjetivo que califica, y no sólo la franqueza, la fiereza, la fidelidad y la ausencia de saña, sino también todo lo que se expresa en el resto del poema, que queda enlazado, a pesar de su aparente falta de relación. Ahí están los valores de la amistad, del amor, la entrega de la vida por ideales altos, la defensa a ultranza de la libertad, como valor supremo, la melancolía de los lugares apacibles que le recuerdan a su patria, etc. Cada estrofa es una referencia a algo muy suyo, con lo que se identifica. Los patios sombríos, las escaleras bordadas, las naves calladas y los conventos vacíos de la penúltima estrofa, a los que ama, son los mismos que aquellos que adora en su lugar natal. En algunas ocasiones aludirá a esa identificación geográfica, como en el discurso sobre Echegaray que pronunció en Guanabacoa el 21 de junio de 1879. Después de afirmar que la crítica no puede ser nunca un acto de odio sino de amor, y habiendo puesto de manifiesto el carácter de lucha de los tiempos actuales, recuerda:

Paseaba yo un día, allá en la almenada y morisca Zaragoza, por las márgenes históricas del Ebro turbio. Con los ojos distraídos, como del que piensa en la patria, llegué al teatro de la heroica señora de Aragón. Llena llevaba la memoria de caladas ojivas, de revueltas volutas, de anchas conchas raras, de pétreas tablas de palmera...⁶

⁶ MARTÍ, José, *Obras completas*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1975, t. XV, p. 95.

La idea de lucha heroica, desarrollada en el discurso, se conecta frecuentemente con la relación Cuba-Aragón, y se hace más patente siempre que aparecen los nombres de Lanuza y Padilla, que cierran la estrofa quinta del poema. La tierra amarilla que baña el Ebro y el Pilar no son queridos sólo por sí mismos, sino por ser los de Lanuza y Padilla, con quienes Martí se identifica como ejemplos de su ideal de identificación. Ellos son el símbolo más claro del aspecto generoso, leal, perseverante y consecuente de la defensa de una causa, rasgos comunes en la personalidad aragonesa. Juan de Lanuza sucedió a su padre como Justicia mayor de Aragón en tiempos de Felipe II. Al huir de Castilla el secretario real, Antonio Pérez, aragonés de procedencia, y refugiarse en Aragón, Lanuza luchó por que se cumplieran los fueros y tuviera un juicio conforme a las leyes aragonesas. Por otro lado, Antonio Pérez defendía la causa separatista republicana de los aragoneses, y fue protegido por Lanuza para conseguir esos fines. Felipe II mandó entonces 12.000 infantes capitaneados por Alonso de Vargas, un veterano de las guerras de Flandes, y acabaron cruentamente con el movimiento fuerista aragonés. La mayoría de los nobles apoyaron a la Corona y dejaron al descubierto a Lanuza y los demás promotores de la revuelta. Lanuza fue ejecutado en diciembre de 1591, por orden del rey, nada más ser capturado, en la plaza del Mercado, cuando sólo contaba con 28 años de edad. Padilla fue uno de los principales jefes del movimiento comunero de Castilla, de carácter popular, en contra del poder real. El pueblo se amotinaba gritando la palabra *libertad*, y se pedía mayor participación popular en el gobierno de la nación. Se formaron cuadrillas que comenzaron a tomar el gobierno de pequeños municipios, creando graves disturbios en muchas localidades, a partir de mayo de 1520, que van creciendo hasta llegar a ser una verdadera guerra civil, la cual enfrentaba al bando institucional o real contra el contingente comunero. La batalla decisiva tuvo lugar en Villalar, donde Padilla actuó como capitán general junto con otros dos líderes, siendo apresado el 23 de abril de 1521 y ejecutado al día siguiente.

Ambos héroes dieron su vida por la libertad de un pueblo y Martí, al citarlos, se está citando a sí mismo, pues su mayor deseo autorrealizativo se cifra en conseguir la libertad para Cuba, aun a costa de la propia vida, como ocurrió veinte años más tarde de su experiencia en tierras aragonesas. En un artículo para *La Opinión Nacional*, fechado el 10 de diciembre de 1881, Martí contrapone dos tipos de políticos en la España postrepública: los revolucionarios, que intentan innovar, quitando a la corona todos los privilegios ancestrales, en favor de la libertad y la igualdad, y los que desean mantenerse en una posición cómoda, porque se encuentran instalados dentro del aparato del poder. Por eso exclama:

¡Cuán interesante, cuán peligrosa, cuán trágica lidia tienen empeñada los poderosos de la política española!

Y al explicar los ideales de los revolucionarios, afirma: “movidos de aquel espíritu que animó a Juan de Lanuza y halló feliz forma poética en García del Castañar, combaten en el campo nuevo.”⁷ Basado en los modelos heroicos anteriores, consciente de su identificación con ellos, aboga por una novedad en la lucha, porque con los nuevos tiempos llegan expresiones nuevas. Del mismo modo que afirmó que “a tiempos nuevos,

⁷ MARTÍ, José, *Obras completas*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1975, t. XIV, p. 263 (los dos textos citados pertenecen a la misma página).

nueva literatura”, la seguridad de estar asistiendo a un cambio de época le lleva a la convicción de que en la política también hay planteamientos nuevos, y ese campo nuevo no es un lugar físico, sino una actitud diferente.

Lanuza y Padilla sirven también para identificar al cubano y al español que luchan por los mismos intereses. Hay un texto fundamental, titulado “Un español”, que se publicó en *Patria* el 16 de abril de 1892, donde Martí ensalza al español Mariano Balaguer, recién muerto en la isla, que defendió la causa cubana sabiendo los peligros que ello entrañaba. Al comienzo del texto, Martí vuelve a utilizar la palabra *campo* con una simbología espiritual, muestra de una actitud:

El mundo tiene dos campos: todos los que aborrecen la libertad, por que sólo la quieren para sí, están en uno; los que aman la libertad, y la quieren para todos, están en otro. En Cuba, como en Puerto Rico, los dos campos son éstos: españoles, y criollos del alma autocrática española, están de un lado, con letteros diversos más o menos liberales, que no son más que disimulo de la parcialidad y arrogancia de sus almas; y los cubanos, y los naturales de España que bajo ella ven ofendidas sus almas libres, éstos (...) levantan su copa por sobre los fusiles en un banquete español...⁸

Acto seguido coloca al español en el grupo de los amantes de la libertad, explica su relación con los cubanos que luchan por la independencia y concluye con una declaración de principios y un ejemplo, en el que trae a colación a los héroes consabidos y los compara con un suceso autobiográfico ocurrido en Zaragoza:

Todo hombre de justicia y honor pelea por la libertad dondequiera que la vea ofendida, porque eso es pelear por su entereza de hombre; y el que ve la libertad ofendida, y no pelea por ella, o ayuda a los que la ofenden, no es hombre entero. En Zaragoza, cuando Pavía holló el congreso de Madrid y el aragonés se levantó contra él, no hubo trabuco más valiente en la plaza del Mercado, en la plaza donde cayeron las cabezas de Lanuza y Padilla, que el del negro cubano Simón, y cuando Aragón había abandonado las trincheras, y no se veía más que el humo y la derrota, allí estaba Simón, el negro cubano, ¡allí estaba, él solo, peleando en la plaza!⁹

Martí vibra, por identificación espiritual autorrealizativa, con todo lo que se asemeja a su idea. Los aragoneses defienden la república en 1874 contra los cañones Krupp del general Burgos, y se levantan como lo hicieron los comuneros en 1520 y los fueristas a finales de ese mismo siglo. Martí se encuentra en su ambiente, y tanta es la identificación que se prepara para salir a combatir, a las barricadas situadas muy cerca del lugar donde reside. Se le recomienda que guarde el ímpetu íntegro para luchar por Cuba, y es Simón, el negro cubano, deportado en tiempos de Lersundi por asesino, limpiabotas del Arco de la Sineja y criado en la casa de huéspedes de D. Félix Sanz, donde se alojaba Martí, quien sale a pelear, como un aragonés republicano más. Ese detalle quedará tan grabado en el alma del poeta, que no durará en utilizarlo como ejemplo hasta los últimos años de su vida. Si el artículo termina afirmando que “los españoles buenos, son cubanos”, como

⁸ MARTÍ, José, *Obras completas*, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1975, t. IV, pp. 389-390.

⁹ Vid. nt. 8, p. 391.

Balaguer, o Lanuza y Padilla si hubieran vivido en el XIX, también podría afirmar que los cubanos, como Simón, Fermín Valdés o él mismo, son españoles, pues lo importante no es la procedencia, sino la actitud frente al problema de la libertad. Por eso, en el poema dedicado a Aragón, estima de igual modo al que “echa por tierra a un tirano”, sea cubano o aragonés.

El carácter viril de las heroicas mujeres de Zaragoza durante las invasiones francesas es también un referente claro para explicar la cuestión cubana y aludir a la identificación espiritual. Martí contesta el 27 de mayo de 1875, en la *Revista Universal*, a unas declaraciones del periódico *La Colonia Española* tres días antes. Esta publicación defendía los intereses de los españoles en México y atacaba con frecuencia la causa cubana. En esta ocasión ironizaba unas palabras anteriores del cubano, en las que afirmaba que “los españoles han cometido crímenes en Cuba y los cubanos insurrectos han hecho un prodigio defendiéndose contra España”.¹⁰ Recrimina al periódico mexicano la falta de sensibilidad para un tema tan grave y describe los asesinatos callejeros, los fusilamientos, la represión y los castigos físicos en las canteras de San Lázaro, donde él mismo sufrió un severo presidio por causa de sus ideas, etc. Y antes de concluir la réplica, justifica la violencia de los insurrectos cubanos contra los propios recursos naturales de la isla, cuando éstos se ponen al servicio de la metrópoli. Dice, refiriéndose a los revolucionarios que incendian la zafra:

No son incendiarios; queman, como medida de guerra, los campos que han de producir a sus enemigos dinero para continuar la lucha contra ellos.

La tierra vuelve a producir; la tierra reparará pronto los incendios que la naturaleza especial de aquella guerra ha hecho necesarios. Aquí se queman los campos; las heroicas mujeres de Zaragoza quemaban con agua hirviendo las cabezas humanas de los franceses invasores.¹¹

En esta empresa autorrealizativa de la que venimos hablando hay un matiz muy importante que no debe escaparse: la realización personal es sólo posible, para Martí, cuando tiene un contenido de grupo, de pueblo, de colectividad o de visión universal. Cuando habla de Lanuza y Padilla está presente todo el colectivo que ellos lideraban; cuando habla de Simón, de Balaguer o cualquier otro de los modelos de lucha plantea el dilema entre los hombres que defienden la libertad para todos y los que sólo buscan su propio provecho, habla de los cubanos y españoles honrados y generosos, y los que no lo son. En este mismo pasaje, las mujeres de Zaragoza, que ya son en sí un colectivo unido por ideales comunes, representan la lucha de todo un pueblo por salvaguardar la independencia. No es por ello extraño que el final del artículo aluda al carácter colectivo de la lucha martiana, y la defensa del cubano no es una réplica personal del orgullo herido, sino una obra de justicia con un pueblo que necesita existencialmente la libertad:

Y he refutado con alguna detención el suelto de *La Colonia*, no porque yo crea que esto fuese absolutamente menester, sino porque, ya que no puedo por mi mal ir a combatir al lado de los que defienden la independencia de mi patria, no fuera honrado permitir que, donde pueda yo responderlas, quedasen sin cumplida respuesta afirmaciones gratuitas y vulgares.¹²

¹⁰ MARTÍ, José, *Obras completas*, Ed. crítica, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1983, t. I, p. 252.

¹¹ Vid. nt. 10, p. 256.

¹² Vid. nt. 10, p. 257.

Incluso los textos más *literarios* de la época aragonesa tienen ese carácter universalizador, y se desprende de ellos la unidad de intenciones por encima del género y el asunto tratado. La pieza teatral *Adúltera*, escrita la primera versión probablemente en su mayor parte en Zaragoza, presenta el tema del amor frustrado, los celos y la falta de fidelidad en un tono grave y con afán moralizador. Ahora bien, por las continuas marcas de amplificación de la anécdota y la presencia constante de la identificación con el otro, a veces de modo abstracto, conociendo además las verdaderas preocupaciones sociales y existenciales del cubano en su etapa española, llegamos a la conclusión de que la fidelidad amorosa remite a otra más profunda, la cual engloba la amistad, el amor a la patria, la verdad con mayúscula, la honradez, la rectitud de conciencia, etc. Por ejemplo, las primeras líneas del drama presentan el monólogo de Grossermann pensando en su amada y madurando existencialmente su felicidad, la cual no se concibe sin pensar en la de los demás, que es en definitiva lo que hace al hombre ser realmente dueño de sí. La solidaridad es un concepto muy amplio, válido tanto para la contemplación del trabajo de los insurrectos cubanos (lo vimos anteriormente) como para el problema del amor:

Es el hombre en la tierra dueño de sí mismo, y es —sin embargo— su mayor trabajo serlo, que el hombre es el mayor obstáculo del hombre. Y desde que lo fui, desde que empecé esta lucha que dura en esta tierra toda la vida y ¡quién sabe cuántas vidas en otras!— nunca creí en la paz, ni en el contento, ni en más felicidad que este íntimo regocijo que produce ver felices a los otros.

Del mismo modo, la libertad de la isla no es un deseo personal que corresponde a una ansiedad existencial egocéntrica, sino la intención de que todo un pueblo sienta el mismo desahogo. Las palabras que continúan el monólogo, aplicadas aquí al amor, las veremos en forma parecida durante toda la producción literaria, política y crítica del cubano, referida a multitud de temas: “Sufrir para mí no era sufrir: era ensancharme, ser crecer”.¹³ La identificación con el otro (amada, pueblo, amigo, pobre, marginado, hermano, negro, etc.) lleva a la solución catártica del dolor, la soledad, el sufrimiento, la amargura, la inquietud, etc. Por eso Grossermann, antes de descubrir su propio problema, aconseja a su amigo Güttermann que comparta con él su pena:

No te diré yo que olvides tu pesar: no. Olvidar es de ruines. En él piensa, piensa en tu hermana, piensa en que entre tus hombros y los míos más fácil es la pesadumbre, y más veloces acudiremos al remedio.¹⁴

La idea es tan versátil que alcanza al mismo hecho de escribir literatura. De sobras es conocida la estrofa del último poema de los *Versos sencillos*, donde el poeta asegura: “Yo te quiero, verso amigo,/ Porque cuando siento el pecho/ Ya muy cargado y deshecho/ Parto la carga contigo.” La literatura es un campo donde se pueden compartir, desde su interior y como objeto propio, todos los elementos definidores de la naturaleza social y afectiva del hombre. Documento clave es también el comentario al drama *Adúltera* encontrado entre las notas de Martí:

¹³ MARTÍ, José, *Adúltera*, en *Obras completas*, ed. crítica, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1983, t. I, p. 133.

¹⁴ MARTÍ, José, *Adúltera*, ed. cit. p. 146.

Envuelto en el manto de la libertad, se ha presentado aquí, respetada por su hermosa forma, una doctrina raquílica y una expresión impotente para realizar en ella el arte. No necesita halagar con el porvenir de una libertad venidera, el que defiende y vindica para el arte el dogma de la eterna Libertad. La libertad está de moda, y se abusa de ella. El arte no ha sido nunca sectario, en tanto que ha sido idealista; eslo en cuanto es realista.

Martí justifica las licencias novedosas aplicadas a su drama con el argumento de la libertad creativa, y para dar fuerza a su actitud la vuelve a amplificar, traspasa los límites del arte y elabora el dogma de la *Libertad* con mayúscula. La libertad en el arte participa de la cosmovisión moderna, modernista, modernizadora finisecular que equipara todos los procesos de cambio, activos en las sociedades occidentales, y que van a dar lugar al nuevo orden de valores y relaciones. La lucha por la independencia de Cuba no es un fenómeno aislado, ni siquiera una consecuencia natural de los procesos liberalizadores de las repúblicas latinoamericanas desde principio de siglo, ni solamente un deseo instintivo de libertad política y de abolición de esclavitudes, represiones, imposibilidad de autoafirmación, etc. Es todo eso y mucho más. Es, en Martí, parte de una unidad secreta, encondida, que enarbola el dogma de la libertad entendida como donación al *otro*, entendiendo por ese otro la patria, la mujer, el amigo, la poesía, y todo aquello que, existencialmente, satisfaga el deseo de autorrealización. He aquí la clave del periplo aragonés de nuestro cubano universal.